

## Crema de leche de vaca.

Manteca.....	34
Azúcar.....	4
Caseína, albúmina, fosfatos..	3. 5.
Agua.....	58

99. 5.

## Leche vegetal del galactodendron.

Manteca.....	35
Azúcar.....	3
Caseína, albúmina, fosfatos..	4
Agua.....	58

100.

Como se ve la composición es idéntica con excepción de la cantidad. El líquido es ligeramente ácido y es más consistente que la leche de vaca. Se coagula al aire y forma queso. Este coágulo purificado puede servir para candelas. Hay en el galactodendron una especie de fibrina y albúmina vegetales, sustancias azucaradas, sales diversas.

Para concluir, y antes de que se me quede en el tintero, diré dos palabras de la curiosa *planta-tinta*. Es originaria de Colombia y por contigüidad debe encontrarse en los bosques limítrofes de Costa Rica. El jugo que se me trajo el verano pasado, era, según el que me lo envió, de color rojizo al principio, hoy tan negro, que con él trazo estas líneas. No exige ninguna preparación, pues contiene suficiente cantidad de goma natural, con la apreciable ventaja de no atacar las plumas metálicas que en él han permanecido varios días sin alteración.

Debe pertenecer al género *cariaria*, que da un tinte oscuro-verdoso, que en Europa no se emplea en tintorerías.

Paréceme de importancia esclarecer bien todos estos productos por medio de estudios especiales, auxiliados convenientemente por el Gobierno para lograr ser útil á las clases pobres, libertarnos del pupilaje extranjero, dar cauce á la industria nacional y robustecer la riqueza pública. Y de ese modo el pensamiento que alumbró, el trabajo que constituye el genio que funda y glorifica, vale más que el brillo de las espadas ó de las charreteras ennegrecidas por el humo de los combates, que con frecuencia aniquilan la obra del progreso y forman dosesales al despotismo.

Puntarenas, agosto 10 de 1891.

D. J. GUZMÁN.

EN el primer artículo del doctor Guzmán, publicado en el número anterior de esta hoja salieron los siguientes errores de comparación que desamamos rectifican nuestros lectores.

Planta linda léase *planta tinta*. pericarpio léase *pericarpio*, desfilado, *desfilado*; tenas, *tenás*; Lizal, *Sisal*; barriosa, *barniz*; cortés artes.

Pedimos perdón al autor por este descuido.

## VARIEDADES.

## DOS PARTIDAS

A LOS

## DADOS.

I

Matilde, la joven y hermosa castellana de un antiguo castillo situado en los confines de Castilla, sobre la frontera de Aragón, iba despojarse de los atavíos que la habían engalanado durante el día, para abandonarse á las dulzuras del sueño, cuando entró de repente en su aposento una de sus duñías.

—Noble señora,—dijo María,—¿no habéis oído el grito del centinela? ¿no oís como lo repite?

Matilde inclinó la cabeza para apercibir mejor el ruido.

—Sí, María, sí; es el grito del centinela, pero el grito del buho se oye también á lo lejos, grito de funesto presagio.

Y al decir esto, se aproximó á la ventana ojival de la torre y levantó con su blanca delicada mano el pesado tapiz que ocultaba los rayos de la luna. Abrió María la ventana, y las dos mujeres echaron sus vagas miradas sobre los desiertos campos y el solitario camino. Ves,—dijo Matilde,—cuán afilado zumbaba el viento, cuán sombría está la noche y que negras nubes oscurecen la luna! y levantando la cabeza, añadió no sin temor:—una tempestad se prepara en el cielo.... y Enrique está ausente!

—Igual noche hizo,—dijo María,—la víspera del día en que vuestro esposo, mi señor, marchó con sus ginetes de guerra á combatir á los infieles.—¿Y no volvió nunca!—dijo Matilde lanzando un triste suspiro.

Dos fuertes golpes dados á la puerta del cuarto, hicieron estremecer á las dos mujeres. María ocultó el rostro entre sus manos y Matilde se dirigió á la puerta con su acostumbrada dignidad. La abrió y se encontró cara á cara con el viejo escudero de su marido, Hernando, que no había podido encontrar la muerte lidiando, donde la halló su desventurado amo. Inclinó el anciano su cabeza encanecida delante de su señora y le dijo con tono doloroso:

—Os traigo, noble castellana, una fatal noticia.

—Hablad, dijo Matilde,—mi corazón es firme, Hernando: ¿acaso es la primera vez que la desgracia visita el techo de mis padres?

Miróla el anciano con respetuosa compasión y dijo con voz trémula:

—El señor Enrique ha sido hecho prisionero. Su paje todo cubierto de sangre, ha podido arrastrarse hasta las puertas del castillo.

—¿Dónde está? quiero preguntarle....

—Murió después de haber cumplido su comisión.

—Pobre Ansurez!—dijo Matilde enjugando una lágrima—¿cuán corta ha sido su vida! Haced, Hernando, que velen su cuerpo y que el Capellán recite por él las oraciones de los difuntos. Yo voy á ocuparme de los medios de sacar á mi hijo Enrique de las manos de los bandidos.

—Piden, señora, demasiado oro y somos muy pobres.

No podríamos tomar á préstamo de mis parientes?

—Están poco menos que nosotros,—repuso dolorosamente Hernando,—y esos paganos amenazan con matar á mi amo, si antes de ocho días no se les satisface el rescate que piden.

—¿Qué hacer?—exclamó aterrada la pobre madre.—Escuchad, Hernando, tomad todas las joyas de mi madre y también las mías, obtened por medio de ellas que dejen la vida á mi pobre hijo hasta que yo pueda pagar el rescate que piden.

Las continuas guerras civiles que habían agitado á Castilla durante el reinado de don Pedro el Cruel, habían hecho que los señores que contra él se rebelaron, se valiesen de hombres de genio audaz, que vendían su vida á precio de oro, sin cuidarse si don Pedro era el legítimo rey ó el bastardo Enrique de Trastámara. El drama se desenlazó en Montiel, donde los dos hermanos lucharon cuerpo á cuerpo, y el fratricida don Enrique triunfó y fué rey de Castilla, y como á rey lo adularon los escritores de aquella época y legaron á la posteridad el nombre de don Pedro como el de un monstruo de barbarie y ferocidad. Sus desmanes fueron hijos mas de la época en que vivió y de las terribles situaciones que tuvo que vencer, q' de su carácter. Pacificada Castilla con su muerte, los hombres avezados al robo y á la matanza no se sujetaron en muchas partes al yugo de trastámara, sino que adoptando una vida errante, cautivaban á los pasajeros, se les exigía por su rescate crecidas sumas y algunas veces acometían los castillos menos fuertes y se entregaban á todo género de excesos.

Una de estas bandas de facinerosos había hecho prisionero á Enrique, hijo de la Condesa Matilde, doncel de grandes esperanzas, que aquel día se encontraba cazando con sus gentes en uno de los bosques. La caza era entonces la ocupación favorita de los nobles y un aprendizaje para la guerra, que era el estado normal de aquellos tiempos. La resistencia de Enrique y sus guerreros fué inútil; tuvieron que ceder ante el número y el fiel Ansurez, aunque mortalmente herido, fué el único que pudo llegar al castillo para dar cuenta del suceso.

Todó el tiempo que el fiel Hernando estuvo ausente, Matilde lo pasó en hacer cálculos y proyectos que no podían realizarse y en dirigir fervorosas plegarias al cielo por la libertad de su hijo.

Hernando regresó por fin, triste y abatido, sin haber obtenido nada. Por la tarde aquel mismo día, la desgraciada madre vagaba por

las alamedas del castillo revolviendo en su mente mil ideas. Su fiel Hernando la seguía respetuosamente.

—Esta noche partiremos,—dijo la castellana volviéndose repentinamente hácia el anciano.

—Está bien, noble señora,—replicó Hernando;—pero necesitamos llevar mucho oro y no lo tenemos.

—El corazón de una madre es un tesoro: mis lágrimas ablandarán el corazón de esos aventureros.

Aquella misma noche salió del castillo la condesa Matilde acompañada de su fiel Hernando, que en vano había procurado disuadirla de su atrevida empresa, haciéndole ver los grandes riesgos á que se exponía una dama joven aún y hermosa, yendo á presentarse á una turba de aventureros de vida desenfadada y licenciosa. Pero Matilde era madre, creía perdido á su hijo único, y solo escuchó á su corazón.

II

Largo y penoso fué el camino, porque la continua movilidad en que vivían los aventureros, les hacía cambiar con frecuencia de campamento. Por fin después de muchas investigaciones, logró saber su paradero.

Llevaba consigo sus pocas halajas, resto de su pasada opulencia.

Sus palabras y sus lágrimas podrían satisfacer la avaricia de aquellos vándidos?

La zozobra y el cansancio la sumergieron en una especie de letargo, del cual fué arrancada por estrepitosas carcajadas y palabras soeces. Se vió rodeada repentinamente por unos hombres de aspecto feroz. Eran los bandidos á quienes tanto temía y la vez que deseaba encontrar. Cerca de aquel paraje en que se elevaban los fuertes muros de un castillo, cuyas ventanas aparecían iluminadas.

Su corazón de madre le dijo que allí se encontraba su Enrique. Interrogada por aquellos hombres, les replicó que la condujesen ante su jefe; pero uno de ellos le dijo que este había pasado el día bebiendo y que mas necesidad tenía de sueño que de sabrosa plática con una dama. Esta respuesta fué acompañada de groseras chanzonetas, que desgarraron el corazón de la Condesa tan acostumbrada al respeto de su servidumbre.

Insistió en su pedido y la condujeron delante del jefe. El aspecto de este no la tranquilizó. Era viejo; su semblante tenía el sello de un carácter sórdido, de la astucia y ferocidad. Le rodeaban sus mas distinguidos guerreros, algunos de los cuales eran seres completamente innobles y abyectos, pero en el semblante de otros había algunos restos de noble altivez y de una vida anterior muy distinta de la actual. Estaban medio ébrios soñolientos, como si acabasen de salir de la orgía. Se encontraban reunidos en un triste y vasto aposento, de paredes desnudas de todo adorno; en un rincón se veía tan solo un hacimiento de armas.

El jefe, Juan Montiel, sentado delante de una mesa de encina esculpida sobre la cual se veían dados y enormes jarros de vino, fijó en la recién llegada una mirada insolente, que la hizo ruborizarse. Con voz bronca y dura le preguntó qué deseaba? y Matilde pronunció el nombre de Enrique.

—¿Traes oro?

La desgraciada inclinó la cabeza sin responder.

—¿Traes oro? repitió el jefe.

Arrastrada por su corazón, la Condesa extendió las manos en actitud suplicante, pero el viejo rió á carcajadas.

—¿Qué habéis hecho de Enrique? llevadme á su lado! ¿dónde está? ¿dónde está?

—Donde no le dá el sol, respondió el jefe con brutal ironía,—y de fijo te perderías si te llevara donde él está. Verdad que no sufrirías mucho tiempo, porque yo no acostumbro á aguardar lo que no sirve.

Matilde, anegada en llanto, cayó de hinojos á los pies del bandido.

—¿Estás loca, niña? un hombre de barba gris no se conmueve con palabras huecas y por algunas gotas de agua.

Matilde se obstinaba en conservar su humillante postura; que no le hiciera abandonar, ni las exclamaciones de cólera, ni las burlas de los bandidos.

De repente una idea bizarra, caprichosa, pareció brotar del cerebro del jefe de los aventureros.

—¿Eres afortunada á los dados? juguemos!

—No podré jugar con el corazón lleno de angustia.

—Pero yo quiero que juegues. ¿Sabes lo que jugaremos! la libertad ó muerte de Enrique.

No! no!—exclamó la pobre madre levantándose aterrada.

Juan Montiel frunció sus encanecidas cejas y dijo.

—Si no juegas, ahora mismo hago que te traigan su cabeza.

Matilde se resignó con toda la energía de su desesperación.

El viejo jefe tomó los dados y con aire de descuido é indiferencia que hacía estremecer los arrojó sobre la mesa sin hacer un movimiento para ver el punto que marcaban. To-

das las cabezas se inclinaban y algunas voces dijeron: *dies!*

—Ahora te toca á tí mujer!—dijo Juan Montiel con tono impasible.

Matilde estendió la mano para tomar los dados, pero sus ojos se nublaron y su mano vagaba por la mesa sin encontrar los dados.

—¿De que te sirven tus buenos ojos? concluyamos que estoy cansado!—exclamó Juan Montiel.

La infeliz madre cogió los dados y su contacto pareció haber convertido en un trozo de nieve su mano. Una imprecación de Montiel, la arrancó de aquella funesta insensibilidad: entonces, sin darse cuenta de lo que hacía, agitó los dados en su mano y los dejó caer sobre la mesa, y pálida silenciosa, inmóvil, quedó con el brazo estendido sobre los dados. Esta vez el jefe inclinó la cabeza para ver.... Matilde no veía nada: oyó la palabra *doce!* sin comprender su significado. Tampoco oyó las horribles imprecaciones del viejo Juan Montiel y de los demás bandidos.

Cuando Matilde, á quien había sostenido su fiel Hernando, volvió en sí, se encontró en los brazos de su hijo. Huyeron inmediatamente de aquel antro y regresó aturdida aún á su castillo.

Durante mucho tiempo no permitió á Enrique alejarse de su lado y lo colmaba de mimos y de halagos. ¡Había padecido tanto durante su cautiverio! Cada vez que veía un dado, se estremecía, su razón vacilaba y resonaban en sus oídos aquellas terribles palabras: *¡dies! ¡doce!*

III

Algunos años después, alarmados algunos por el saqueo de algunos castillos y otros crímenes cometidos por la banda del feroz Juan Montiel, reunieron doscientos peones y algunos ginetes, resueltos á exterminar aquellos foragidos. El Conde Enrique se puso á la cabeza de esa fuerza y un día, después de haber derrotado en varios encuentros á aquellos desalmados, á los que no daba cuartel, logró apoderarse de Juan Montiel.

—Me acuerdo,—le dijo el Conde,—que habéis sido un gran jugador á los dados y que mi madre os ganó, sin embargo, un partido.

—Si lo hubiera perdido, yo no estaría hoy en vuestro poder,—replicó el bandido.

—¿Cómo! ¿habrías arrojado á una madre desolada la ensangrentada cabeza de su hijo único?

—Yo cumplo siempre mi palabra en el juego y en el campo. Pero vos podríais darme hoy la revancha.

—¿Queréis que juegue con un bandido, al frente de mis vasallos?

—¿No jugó un bandido con una Condesa al frente de los suyos?

—Sea!—dijo el Conde después de un momento de reflexionar.

Pero no olvidéis que la providencia protegió á la Condesa, porque su hijo era inocente.

—Y á mí me protegerá el diablo porque soy un malvado,—replicó con desenfado Juan Montiel.

IV

El Conde pidió un par de dados, los agitó con su mano y los tiró.

Todos los presentes seguían con interés la extraña partida.

—*Tres!*—exclamó el bandido, con feroz alegría.

El Conde se puso triste y Juan Montiel, meneando los dados con aire confiado, los tiró á su vez. Pero de repente se puso livido y un temblor convulsivo sacudió su cuerpo.

—*¡Dos!*—exclamó don Enrique, recobrando su energía.

Y dirigiéndose á sus ballesteros, les gritó con voz de trueno.

—Asaltad á ese hombre y colgad de un árbol su cadáver para que sirva á la vez de escarmiento y sea presa de las aves de rapiña!

Cinco minutos después, quedaba cumplida su orden.

El Conde Enrique cumplió también con su palabra en el juego y en el campo.

(De la "Gaceta Española.")

Conferencias Culinarias.

LA LECHE.

Llamaré la atención acerca de la preocupación que generalmente existe de que la leche no sienta bien, y esto, que puede ser verdad en algunos casos y en determinadas circunstancias, es todo punto falso en los demás. En la manera de tomar la leche está el secreto. Cuando se toma á grandes